

En avant! Beñat Oyhénart scj

Traducción: Daniel R Martín

Adelante, siempre adelante

*“ Dios nos ha amado.
Nos ha amado de tal manera
Que nos envió a su Hijo.
Nosotros lo amamos,
porque primero Dios nos amó ” (1 Jn 4,10.19)*

1. Jesús, concédeme amar como Tú

Señor Jesús,
nos entregas la Eucaristía;
te entregas totalmente a nosotros:
no hay un amor más grande posible.
Cuando te entregas con tanto amor,
ves partir a quien te va a traicionar.
Tú sabes donde está,
¡y es allí adonde vas!...
Tus discípulos están temerosos,
ellos que han sido colmados de tus
beneficios: ¡qué cobardes son!
¡Guay!, yo me parezco demasiado.
¿Cuántas veces no los he imitado?
Tú, mi modelo,
estás tan calmo,
te olvidas de ti mismo,
estás lleno de atenciones,
continúas amando con un corazón generoso
en medio de un océano de dolores.
¡Esto lo has hecho por mí!
Corazón de Jesús, sufres por mí.
Te quiero pedir:
“Crea en mí un corazón puro,
renueva en mí un espíritu recto” (Sal 50,2)

2. ¡Oh Corazón divino te quieres volver mí corazón!

Es tu voluntad.
¡Viejo corazón mío,
deja sitio al Corazón de Jesús!
¡Desaparece para siempre, viejo corazón!
¡Toma su lugar, Corazón de Jesús!
No quiero más rehusarte nada.
Concédeme amarte.
Amén. DS 47-48; MS 171

3. Tú nos enseñas a orar

¡Padre nuestro!

Oh Cristo, hubieses podido comenzar esta oración por una palabra más importante: como “creador” o “Señor”.

Pero no has querido que tuviésemos temor, has elegido una palabra que nos impulsa a amar, a confiarnos.

Gracias por habernos mostrado que Dios es nuestro Padre siempre dispuesto al perdón, nuestro Padre que siempre nos ama.

DS 57-58 MS 132

4. Tú piensas en mí

¡Dios mío, has pensado en mí!
¡Sin cesar, piensas en mí!
Tú, que con tu inmensidad
llenas el cielo y la tierra,
delante de quien todo lo que existe
es como si no fuese,
¡Tú piensas en mí!
Y Jesucristo se deja desgarrar el cuerpo:
busca sólo mi felicidad.
¡Dios mío, te alabo y te doy gracias!
DS 58-59 MS 169

5. Me abandono en Ti

Dios mío, no sé si soy agradable a tus ojos.
Enseñame a hacer siempre bien
cuanto deba hacer.
Me abandono totalmente
en tus manos paternales.
Ayúdame a cumplir lo que quieres,
como lo quieres,
donde esté
en cualquier situación.
No merezco tus beneficios.
¡Toda mi confianza está en Ti!
DS 58-59 MS 189

6. Frente a la adversidad

Dios mío, aún cuando llegue la adversidad,
que sepa decir:
“¡Bendito sea tu nombre, Señor!”
Aún entonces enseñame la paciencia y el amor.
Enseñame incluso a decir “Sí” ante la
adversidad al menos con un comienzo de amor.
MS 127

7. Tú nos das la verdadera felicidad

Señor, nos das lo necesario
para que seamos felices.
La felicidad no depende sino de nosotros
mismos, de aquello que buscamos.
A menudo nos quejamos de los otros
o de lo que nos acontece.

Pero, Señor, lo primero que debemos buscar,
es tu Reino: el resto es minucia,
y nos lo darás en abundancia.
Siempre nos concedes lo necesario,
más aún lo mejor:
La vida contigo para siempre. MS 127

8. Me arrojo en tus brazos

En tus brazos, Señor, me arrojo;
Tú me amas mucho más que yo, a mí mismo;
ya me amabas
aún cuando estaba todavía contra Ti.
Ahora quiero obedecerte,
ahora quiero cumplir lo que te agrada.
Dios mío, me abandono totalmente a Ti.
¡Soy todo tuyo! MS 128

9. Ayúdanos a conocer tu voluntad

Dios Creador nuestro,
te pertenecemos, queremos conocer tu voluntad
y hacer lo que te agrada.
No podemos salvarnos por nosotros mismos.
A cada uno de nosotros,
en lo profundo de su corazón,
nos haces conocer lo que es bueno y lo que no
lo es, lo que es justo y lo que no lo es,
nuestros padres ensayaron seguir este camino.
Por Moisés nos das los mandamientos.
Por Jesucristo Nuestro Señor,
nos has dicho la verdad toda;
por El vuelves claro lo que nuestros padres
buscaron y lo que tu Pueblo aprendió.
Queremos adorarte y amarte,
nada es más justo, más grande,
más ventajoso.
Con todo somos débiles:
que tu Espíritu venga en nuestro socorro,
te lo suplicamos - y jamás rehusas tu Espíritu
a quienes te lo piden -
entonces nos podrás ordenar lo que quieras.
“Nada es difícil para quien ama”
Enséñanos a seguir tu ley por amor;
ella nos muestra lo que te agrada;
y lo que te agrada es que te queramos mucho.
MS 118-119

10. Tú eres mi todo, Dios mío

¡Eres mi todo, Dios mío!
Estás conmigo, en verdad nada me falta.
Señor, eres Tú quien me conduce.
Cuando necesito una gotita de agua
me ofreces el océano.
Todo me lo das con abundancia infinita.
Fuera de Ti todo se hace difícil.
Enséñame a ser paciente, confiado y alegre.

“El Señor es mi pastor, nada me falta”.
¡Tú eres mi Dios y mi todo!
DS 61-62

11. Tú eres nuestro Padre

Padre nuestro que estás en el cielo,
nos has creado más para amarnos
que para mostrarte poderoso o sabio.
¡Sí, eres nuestro Padre
y nos amas más que todos los padres de la
tierra!
Tú nos ha creado a tu imagen y semejanza.
Cada uno de nosotros es reflejo de tu grandeza.
Eres también nuestro Padre
porque has hecho alianza con nosotros.
Y sobretodo, eres nuestro Padre
porque eres el Padre de Nuestro Señor
Jesucristo.
¡Qué gran misterio a contemplar!
MS 131

12. Dios, nuestra fortaleza

Dios Padre nuestro,
en tus poderosos brazos podemos apoyarnos:
nos amas inmensamente.
Cuando estamos fatigados o inquietos,
estás ahí... y podemos reposar en Ti...
Solos, no podemos hacer nada
sino agitarnos inútilmente.
En Ti ponemos toda nuestra fe,
Dios nuestro Salvador,
Dios nuestro Padre.
Aquí estamos delante de Ti
como niños inocentes y simples, sin inquietud;
te confiamos
nuestras ansiedades y nuestro futuro.
Sabemos que estás cariñosamente a nuestro
lado, noche y día, sin cesar.
Somos débiles, eres nuestra fortaleza.
Somos pecadores, pero confiamos en Ti.
Nos entregamos completamente a Ti,
con fe, con amor DS 59-60

13. Señor, eres nuestra fortaleza

Señor, eres nuestro amigo
¡y qué amigo!
Cuanto pide la amistad,
Tú lo cumples.
¡Eres un amigo incomparable!
No, nadie entiende como Tú
lo que es un verdadero amigo.
Nadie busca tanto como Tú
ser un verdadero amigo.
¡Y Tú, Señor, Rey Todopoderoso,
quieres estar conmigo!

¡Aquello que los más sabios de este mundo
creen imposible,
Tú lo realizas con nosotros!
Nos disponemos a escucharte sin dilaciones,
con todo nuestro empeño,
para nuestra mayor felicidad. MS 107

14. ¡Cuánto nos amas!

¡Oh Dios, cuánto nos amas!
¡Has descendido a nuestro nivel,
te has empequeñecido, y hasta qué punto!
Sin embargo nos hemos olvidado de tu
generosidad;
nos servimos de tus beneficios en contra tuyo;
nos volvemos desagradecidos,
no tenemos ofenderte.
Y Tú, sigues amándonos,
nos soportas, vienes hacia nosotros,
nos buscas, corres hacia nosotros.
Cuando retornamos sinceramente a Ti,
nos quieres mucho más
y nos colmas de beneficios. MS 151

15. Dios se me ha entregado

No valgo nada,
pero soy un hombre.
Tú eres mi Dios, el Todopoderoso,
y te vuelves un ser humano.
Tú te me entregas en Jesucristo:
ha nacido por nosotros,
nos ha sido entregado.
Dios mío,
quieres obrar como hombre;
y Tú enseñas al hombre a obrar como Dios.
Danos pensar
y obrar como Tú. MS 153

16. Por siempre, honor y gloria a Ti

Dios Creador,
Dios de quien viene todo don perfecto.
Dios el único inmenso.
¡Gloria y honor por siempre!
“¡Mi alma canta la grandeza del Señor!”
“¡Sí, ciertamente, el Señor es grande!
¡Yo le canto!. (Luc. 1,46) DS 76

17. Jesús, el Hombre-Dios nos une con Dios

¡Gracias Señor Jesús!
Has descendido hasta nosotros
hasta el barro de nuestra carne:
“El Verbo se hizo carne”
“La Palabra se ha hecho un ser humano”
(Jn1,14)
Nos has vuelto no sólo espirituales,
sino divinos.

Gracias a Ti, Dios llegó a ser hombre;
nuestras acciones aún las más ordinarias,
como el beber, el comer o el dormir,
son dignas de Dios.
Tú estás en un comedero de animales:
sufres frío, la humillación de la pobreza,
únicamente porque nos amas.
Enséñanos a amarte, vuélvenos generosos,
gracias a Ti, oh Cristo, que nos vuelves fuertes
somos capaces de todo. (Fil. 4,13)
¡Gracias, Señor Jesús! DS 108 MS 154

18. Dios nos ama

Dios mío, eres el amor siempre
y en todas partes presente.
Sin embargo muchos hombres te olvidan
viven como se no existieras.
Para que se acuerden de Ti, para que te amen,
a Ti su Creador,
les entregas a Jesucristo Nuestro Señor:
haciéndose hombre, tu Hijo nos permite verte,
incluso tocarte.
En el pesebre o en la Eucaristía,
es Dios mismo quien nos muestra su amor
y salva a la humanidad toda.
“Este amor nos enseña a rechazar la impiedad
y las concupiscencias del mundo
para vivir en la vida presente con sobriedad,
justicia y piedad.” (Tt.2, 12)
Por tu Hijo Jesús
todos nosotros podemos verte y escucharte,
enséñanos el camino a seguir.
Te agradecemos por este Maestro que nos das
y que nos atrae siempre hacia Ti.
DS 109 MS 151-152

19. Dios derretido en amor

Dios mío, de tal manera amaste al mundo
que le entregaste a tu Hijo Único (Jn 3,16).
Eres un Dios derretido en caridad:
eres amor, sólo amor.
Nos atraes hacia Ti,
estás siempre en búsqueda nuestra,
te sacrificas por nosotros
y sin embargo escapamos a tu amor.
Nos das a tu Hijo para instruirnos
y unirnos a Ti, Padre suyo.
Tú que eres plenitud de bondad y de amor,
ilumínanos ahora, sálvanos siempre.
Aleja de nosotros los falsos razonamientos.
Danos una fe viva.
Ayúdanos a parecernos a los pastores de Belén:
quienes adoraron al Salvador del mundo
envuelto en pañales y recostado en un pesebre.
DS 110-111

20. Corazón apasionado

Regálame un corazón que ame de verdad.
Un corazón que crea,
que guste las cosas de Dios:
que corra y vuele tras los pasos de
Nuestro Señor Jesucristo.
Desarrolla en mi corazón
ese germen divino que es el amor.
Dame un corazón humilde y discreto,
dispuesto a compartir la cruz del Salvador.
Enséñame a caminar sin resistencias,
sin murmuraciones, sin inquietud.
¡Seguirte Jesús me basta!
¡Regálame un corazón ardiente y apasionado!
DS 111-113

21. Gracias por la Eucaristía

Dios Padre nuestro,
con Jesús queremos adorarte, alabarte,
y decirte: “¡aquí estamos!
nos entregamos totalmente a Ti, para tu gloria”.
Danos tu Espíritu,
para que vivamos de tu vida divina.
Te damos gracias por la Eucaristía que nos
entregas, es el alimento de tus hijos,
nos vuelve todavía más tus hijos.
Enséñanos a comportarnos como auténticos
hijos tuyos.
Eres el Padre que nos regalas este maravilloso
don: por tu Hijo y por tu Espíritu
¡nos amas realmente!
Nuestra deuda por este grandísimo regalo es
inmensa.
Queremos amarte, obedecerte e imitarte;
queremos corresponderte como te lo mereces.
¡Padre, inmenso es tu amor! MS 171-172

22. Maestro interior y Espíritu de Amor

Dios mío, te haces el Maestro de nuestros
corazones, quieres hacernos felices
y nos das tu propia felicidad.
Maestro interior,
queremos concurrir a tu escuela,
Nos ponemos bajo tu conducción.
Danos santos pensamientos
y permítenos realizarlos.
Que nuestras oraciones y acciones comiencen
en Ti y que terminen en Ti.
Nos ponemos bajo la conducción de tu Espíritu
de Amor, que todo nuestro ser, cuerpo y alma,
no tenga sino un único movimiento,
un sólo impulso;
que se ponga bajo la conducción de tu Espíritu
de Amor; que diga sin cesar: ¡Aquí estoy!
DS 145-146

23. Vivir en tu alegría

Padre, déjame vivir en tu alegría,
que se irradie en toda mi conducta,
en mis relaciones contigo,
en mis relaciones con mis hermanos;
aún más, que se irradie desde mi mismo.
Tienes tu mirada puesta en mí,
para volverme puro, para protegerme,
para colmarme de tus beneficios.
Con María digo y repito sin cesar:
“Mi alma canta la grandeza del Señor”
Sí, verdaderamente, El Señor es excelso.
¡Yo lo alabo!
Mi buen Padre Dios, me miras
y mi todo mi ser se inunda de alegría.
En Ti, toda mi fe.
En Ti, toda mi confianza y esperanza.
En Ti, todo mi amor.
Enséñame a amar a mis hermanos
y a entregarme a su servicio. DS 135

24. En lo recóndito de mi corazón

Oh Dios, no cesas de hablarme
en lo recóndito de mi corazón.
Anhelas posesionarte de mí,
anhelas esclarecerme,
anhelas hacerme vivir de tu vida divina.
En lo recóndito de mi corazón
hay como una fermentación incesante
que mantiene tu mano creadora,
y que me impulsa a abandonarme en Ti,
que siempre estás en mi búsqueda.
Mi Dios, en tu presencia mi alma permanece
callada, me entrego a Ti.
Que tu Palabra todopoderosa descienda sobre
mí, que habite en mí. DS 144-145

25. Contigo crezco

¡Señor, ten piedad de mí!
¡Señor, no sea yo un obstáculo
para la obra de tu gracia!
No puedo sino plantar y regar la semilla,
pero de nada esto aprovecha,
si no estás presente para hacerla crecer.
¡Eres Tú, mi Dios, quien da el crecimiento!
(ver 1 Cor. 3,7) DS 146-147

26. La oración suscita el amor

Dios nuestro, enséñanos a amar
desde lo recóndito del corazón.
Que la oración suscite el amor:
nos fusione contigo.
Aquí estamos silenciosos y recogidos a tus pies,
dispuestos a cuanto desees.

¡Ojalá nuestra vida sea una oración incesante!
Sea una oración cada uno de nuestros actos,
que atraiga y aumente en nosotros la vida
según el Espíritu Santo:
No queremos ser hombres de oración,
sino la oración misma. (S. Gregorio)
DS149; MS 293

27. Imprime en nosotros la ley del amor

Dios Padre nuestro,
imprime tu ley de amor en nuestro corazón,
seremos así hombres justos:
entonces gustaremos en verdad lo que es bueno.
Concédenos este amor
que nos permite hacer mucho más
de lo que piden los mandamientos todos.
Concédenos este amor
que permitió a Felipe encontrar al Mesías
cuando a su alrededor la muchedumbre
preguntaba: “De Nazaret,
¿ puede salir algo bueno? (ver Jn. 1, 43-45)
Concédenos ese amor que ha permitido a la
pecadora perdonada verter lágrimas
sobre los pies de Jesús,
mientras que los fariseos, seguros de su virtud,
y llenos de desprecio hacia aquella mujer,
son reprobados por Jesús. (Luc. 7, 36-56)
Concédenos ese amor que, en la mañana de
Pascua, hizo correr a las santas mujeres
hacia la tumba vacía, mientras que los Apóstoles
no estaban dispuestos a escucharlas
y los discípulos de Emaús seguían
descorazonados. (ver Luc.24,1-24)
Concédenos ese amor que hace caminar
tan bien y mejor que cualquier regla
y cualquier mandamiento.
Concédenos ese amor
que permitió a los primeros cristianos
estar tan unidos en corazón y en espíritu.
(ver Hech. 2, 42-47;4,32-37;5,12-16).
Concédenos ese amor que unía tan
estrechamente a San Ignacio de Loyola
que vivía en Roma, con S. Francisco Javier
que estaba en la India: y lo hacía caminar
bajo la inspiración del Espíritu Santo.
Concédenos ese amor
por el cual los condenados a muerte,
en la escuela del Espíritu Santo,
se convierten en héroes.
Concédenos ese amor
que permite a los pecadores
transformar su corazón.
Vuélvenos dóciles al Espíritu
que nos empuja a decir:
“Quiero volver a la casa de mi Padre”
(ver Cl. 15,18) DS 149-151

28. Infúndenos tu Espíritu de amor

Señor, por boca de tu santo profeta, prometiste:
“Pondré mi Ley en lo más recóndito de ellos
mismos, la inscribiré en sus corazones.
Seré su Dios y ellos serán mi Pueblo.
No precisarán ser instruidos,
ni por sus compañeros ni por sus hermanos.
Todos me conocerán desde el más pequeño
hasta el más grande.”
Te agrada convertirte personalmente en maestro
y formador nuestro. Mantienes tu promesa:
gracias a tu Hijo Jesús muerto y resucitado
expandes el Espíritu Santo en nuestro corazón.
Es quien nos ama
y vuelve fecunda todas nuestras acciones.
Gracias al Espíritu nos convertimos en piedras
vivas de la Jerusalén del cielo.
Que tu Espíritu nos enseñe esto:
la ley está hecha para el hombre,
y no el hombre para la ley (ver Mc. 2,27).
También esta otra verdad:
el amor está más allá de la ley.
Que tu Espíritu no nos permita
contar con nuestras solas fuerzas,
porque eres un Dios
que se oculta a los sabios
y te muestras a los pequeños.
Aunque no podamos hacer nada,
que tu Espíritu nos haga esperar todo,
en Ti, que eres nuestra fortaleza
Que tu Espíritu nos repita sin cesar
la palabra de Jesús:
“Mi yugo es suave; y mi carga, liviana”.
(Mt. 14,30)
Que tu Espíritu aleje de nosotros a Satán:
que nuestras ideas y nuestra voluntad
no cuenten para nada,
sino solamente tus ideas y tu voluntad.
Ayúdanos a estar unidos a tu Espíritu de verdad
y amor; transformando nuestras apreciaciones
y sentimientos, sacando el bien del mal.
¡Espíritu del Hombre Nuevo,
deposita tu ley de amor
en lo recóndito de nuestro corazón!
DS 157-161

29. Unidos en tu corazón

Señor,
lo que los felices habitantes del cielo hacen,
viéndote, queremos hacerlo, creyéndote:
queremos respetarte,
siendo todos uno en tu corazón, sin llegar tarde,
sin poner condiciones, sin vuelta atrás;
no queremos retroceder ante ningún sacrificio,
ante ningún esfuerzo;
queremos cumplir aquel anhelo de Jesús:

“¡Que sean uno!” (ver Jn.17,21),
aquí en la tierra como en el cielo. DS 170-171

30. Discretos y entregados

Señor Dios nuestro,
deseamos responder a tu llamado,
esforzarnos entera y exclusivamente
en lo que debemos realizar, con humildad,
con especial reconocimiento hacia Ti.
Concédenos mucha generosidad
para corresponder a tu gracia, sin sobrepasarla,
sin salir de los límites de nuestra posición.
¡Señor, inmensamente bueno, ojalá siempre
busquemos el bien que Tú quieres,
y no el que nosotros anhelamos.
¡Que solamente permanezcamos en nuestra
posición! ¡Somos tan miserables
y Tú inmensamente bondadoso!
¡Condúcenos por el camino del amor!
Cuando poseemos el amor, todo poseemos;
entonces contigo somos una sola persona.
(ver 1Cor. 6,13)
“Aquel que me ama, será amado por mi Padre
y yo me manifestaré a Él” (Jn. 14,21)
En los límites en donde nos has colocado,
concédenos entregarnos y prodigarnos
ni fuera de lugar, ni de manera desordenada,
sino obedeciendo siempre,
aunque debamos dar nuestra vida.
¡Busquemos únicamente estar unidos siempre,
siempre, a Nuestro Señor Jesucristo!
DS 230-232 MS 197-199

31. Amar, sea donde sea

Dios mío, allí donde me has colocado,
que haga lo que Tú quieres,
como Tú lo quieres; sin salir de mi posición,
que ame a todos sin excepción,
que busque mi salvación y mi perfección,
y también la salvación y perfección
de mis hermanos, sin escuchar los ruidos
que me circundan o están en mi interior.
Conviérteme en servidor,
en colaborador del Corazón de Jesús.
DS 237-239

32. Contemplarte

Deseo contemplarte, Señor,
anhelo conocerte y amarte.
¡Tu amor encienda mi corazón!
Enséñame a orar siempre.
No sé si te amo, si soy digno de tu amor,
pero mucho me empequeñezco
para permanecer en tu amor,

para encontrarme con el amor
si aún no lo estoy.
Señor, me abandono a tu misericordia infinita.
Vuélveme siempre más pequeño
para que tu Espíritu me proteja
contra las ilusiones del demonio.
¡Enséñame a contemplar!
DS 260-261 (MS 299)

33. Nuestra felicidad

Háblanos incesantemente, Señor.
Deposita en nosotros
un anhelo que no cese de fermentar,
para ser capaz de escucharte.
¡Allí está la felicidad!
Háblanos incesantemente:
que ese anhelo fermente en nosotros
persistentemente, lo necesitamos,
nos esforzamos por dejarnos enamorar,
por dejarnos poseer.
¡Allí está la felicidad! MS 264

34. Hazme conocer mi vocación

Señor, ¿a qué me llamas?
¿qué quieres de mí?
Ayúdame a cumplir siempre mejor
mi trabajo de cada día .
Concédeme amar simplemente las personas
y las situaciones que deba amar.
Quiero imitar mejor a Jesucristo.
Quiero orar con profunda humildad,
con total confianza,
sin jamás cansarme.
Dame la inteligencia necesaria para reflexionar.
Dame el coraje de abrirme
con quien deba hacerlo.
Dame la fuerza para obedecer sin llegar tarde,
sin poner condiciones, sin vuelta atrás,
antes por amor que por otro motivo.
DS 281-282

35. La inmensidad de la caridad

Señor, enséñanos a practicar
la inmensidad de la caridad,
quedándonos allí donde estemos.
¡Tú haces de nosotros la luz del mundo!
(Mt.5, 14)
Así como el sol ilumina la tierra,
la vuelve fecunda y le da vida,
que nos iluminemos unos a otros
por acciones constructivas,
luminosas, fructuosas.

Que cada uno de nosotros
se interese por todos sus hermanos,
y sea para ellos un verdadero sol.
Lo cual no se realiza sin obstáculos,
enseñanos a vencerlos por la oración:
¡que seamos una oración incesante!
DS 312-313

36. Discreción y caridad.

Enseñame, Señor, la discreción
frente a los defectos y pecados de los demás,
no soy responsable de muchos de ellos
y no me compete juzgarlos ni corregirlos.
Ayúdame a permanecer en mi lugar,
allí donde Tú me quieres.
Enseñame la paciencia con la oración:
“¡Dios mío, ven pronto en mi ayuda,
apresúrate a socorrerme!”
Junto con la paciencia y la súplica,
concédeme también la caridad:
la que me vuelve verdaderamente paciente,
la que me inspira una súplica auténtica.
Enseñame a callarme
esperando el momento que elijas.
¡Ojalá aprecie, Dios mío,
estas verdades tan importantes!
Señor, ten piedad de mi poca fe;
ilumíname, ayúdame a amar tu cruz divina.
¡Señor, ten piedad de todos nosotros!
DS 336-338

37. Amar tus beneficios

Señor,
a veces das tus gracias espectacularmente,
y no se te puede resistir:
le sucedió a Pablo en el camino de Damasco.
Muy a menudo obras sin hacer mucho ruido:
enseñanos a recibir tus gracias
cuando nos llegan.
Vuélvenos semejantes a las jóvenes sabias
(ver Mt. 25,1-13):
que estemos dispuestos a seguir a Cristo,
el Esposo, aún en medio de la noche;
ayúdanos siempre a guardar suficiente aceite,
suficiente fe, para que luego no lloremos:
“¿Por qué tarda tanto?” “¿No ve ndr?”
Tus gracias a menudo llegan de una manera
desapercibida, ayúdanos a recibirlas siempre.
Cuando hablas, que tengamos la intención pura,
que seamos capaces de escucharte.
Ojalá estemos siempre escuchándote,
para nuestro bien, para el bien de nuestros
hermanos, para el bien de la Iglesia, tu familia.
Tu Espíritu sopla donde quiere (ver Jn. 3,8).

Queremos fijar nuestros ojos en Jesús, el Cristo:
en su vida, en sus acciones,
en su manera de ser, en su manera de vivir...
¡Danos un corazón semejante al suyo,
queremos obrar como Él!
Es nuestro único Salvador;
cuando lo miramos nos cura
de las malas inclinaciones
que podrían conducirnos a la muerte
(ver Jn. 3,14).
Ayúdanos a decir con San Pablo:
“Para mí, vivir es Cristo” (Fil. 1,21).
¡Sí, sólo Jesús es vida nuestra!
DS340/41 MS296/98

38. Todo por amor

Señor, enseñanos a obrar por amor,
ayúdanos a amar
porque primordialmente Tú eres bueno;
danos la mejor de las intenciones,
las del mismo Jesús:
“Aquí estoy para cumplir tu voluntad”
(Heb.10,7)
“Mi alimento es cumplir la voluntad
de aquel que me ha enviado” (Jn. 4,34)
Como Jesús, nosotros queremos cumplir e
sta tu divina voluntad en lo que nos pide
allí donde estemos, por ella queremos alabarte,
glorificarte, servirte y por fin salvarnos.
Queremos seguir el consejo de San Pablo:
“Sea que coman, sea que beban,
sea que realicen lo que realicen,
todo sea para la gloria de Dios”. (1Cor. 10,31)
¡Vuelve, Señor, todas nuestras acciones santas!
Ponemos bajo tu mirada
a todas nuestras acciones ordinarias de cada día.
MS 281-283

39. Jesús, regla de amor

Señor Jesús, nos diste esta perfecta regla:
“Todo cuanto hagan a uno de mis hermanos,
aunque sea el más pequeño,
a mí me lo hacen” (ver Mt. 25,40).
Sabemos que jamás seremos perfectos,
incluso los Santos han tenido sus límites.
Sólo Tú, Jesús, seguiste la ley del amor:
así te conviertes en la regla de las reglas,
porque eres el camino,
la verdad, y la vida (ver Jn. 14,6).
Que por este sendero corramos,
o quizás caminemos,
o por lo menos nos arrastremos.
¡Que no vayamos nunca contra el amor!
¡Danos fuerza para más y más amar! DS 163

40. Jesús, modelo de amor.

Jesús, Hijo de Dios,
te has vuelto semejante a nosotros,
para que seamos semejantes a Ti,
para que vivamos de tu vida;
quieres llenarnos de tu Espíritu, de tu amor.
Contigo queremos cumplir la voluntad de Dios,
sea cual sea.

Solos, no podemos amar a Dios dignamente;
únicamente en Ti y por Ti expresamos a Dios
un amor digno de El.

Por María, Dios se entrega a nosotros:
se interna en lo más profundo de nosotros.
Concédenos, oh Jesús, el Dios que nos ama,
que, en Ti y por Ti,
sepamos amar como Tú lo haces.
MS190

41. Amar con ternura y fortaleza.

Danos amar con ternura y fortaleza:
que amemos a los hombres
odiando totalmente al mal;
que seamos misericordiosos,
sin volvernos cómplices del pecado.
Tú, Salvador nuestro, has sido bondadoso
con la mujer adúltera (ver Jn.8,1-11)
y con la samaritana (ver Jn.4, 1-42);
has respetado a las personas,
luchando siempre contra el mal
que anida en el corazón.
Has dicho "¡Maldito quien de Ustedes!" (Mt.23,
11) únicamente a los obstinados,
a los empedernidos, a aquellos
que hacen la guerra contra la verdad evidente.
Concédenos estar muy atentos con nuestros
hermanos, y también saber corregir los defectos
con ternura cada vez que sea necesario.
DS 163-164

42. ¿Quién soy yo?

Dios mío, ¿quién soy yo?
Por mí mismo, nada.
Con todo yo he salido
de tus manos providentes:
me has coronado de honor y de gloria.
Me has regalado un espíritu
capaz de conocerte, amarte, servirte,
y gracias a ello,
me permites gozar de tu bondad infinita.
¡Así te has dignado crearme!
GRACIAS, SEÑOR. MS 220

43. Nos regalas a tu Hijo

Dios misericordioso,
inmenso es para con nosotros tu perdón.

Amas tanto a los hombres
que les regalas a tu Hijo único como Salvador:
se hace un ser humano;
nos reconcilia contigo por su muerte;
nos abre la entrada al cielo
por su resurrección y su ascensión;
nos instruye también con sus enseñanzas,
nos admira y conmueve con sus milagros,
nos convierte por el Espíritu Santo, la gracia
y los sacramentos renuevan nuestra vida
nos fortalecen, nos alimentan.
Tu Hijo nos consagra:
por su sacrificio, nos vuelve dignos de Ti.
MS 225

44. Todo viene de Ti, Señor.

Señor Dios nuestro, todos los beneficios vienen
de Ti; pero quieres que tengamos
nuestra parte de trabajo.
Concédenos la fuerza de realizar cuanto pides.
Y luego de haber hecho todo,
solamente entonces podremos decir:
"Somos servidores inútiles" (Lc. 17,10)
No sabemos si somos dignos de amor o de odio.
No es nuestra gloria la que buscamos,
sino la tuya, Señor DS 318-319

45. Devolverte cuanto me has dado

Señor, te devuelvo cuanto me has dado.
Dios mío, cuán sabia y tierna es tu mano:
Tú me elevas, poco a poco y con tanta bondad,
en todo aquello que necesito de Ti,
y luego me das tu gracia,
me colmas de tus beneficios.
¡Gracias, Señor! MS 295

46. Tú pides, y eres quien da

Señor, cuando pides algo a alguien,
es para darle mucho más.
A la Samaritana, le pides algunas gotas de agua;
y enseguida le muestras el agua viva:
esa agua que salva y que impide tener sed
de los placeres de este mundo,
que se convierte en una fuente inagotable
en lo profundo del corazón. (ver Jn 4,1-15)
¡Señor, gracias por cuanto nos das!
MS 305

47. Vivan sin inquietud

Señor Jesús, muy a menudo te pedimos:
"¿Qué haremos?"
Sin embargo quieres que vivamos en paz,
y que muramos en paz.
Nos dices: "Vivan sin inquietud".

Y, después de tu venida entre nosotros,
la paz pertenece a los hombres de buena
voluntad: los ángeles cantaron en Belén:
“Gloria a Dios y paz a los hombres
que ama el Señor”. MS 307DS90

48. Sólo lo que pides

Señor, vuélvanos perfectos,
no multiplicando nuestras actividades,
sino cumpliendo nuestros deberes
exacta y fielmente, ni más ni menos,
pero esto sin límites.
Allí donde estemos,
que desarrollemos la inmensidad de la caridad.
Únicamente a Ti es a quien miramos;
y, por amor a Ti,
nos esforzamos en cumplir tu voluntad;
no deseamos nada más.
Aleja de nosotros las ilusiones del amor-propio.
MS 357

49. La felicidad de amar

¡Señor, otórganos la felicidad de amarnos
verdaderamente!
Que practiquemos la caridad
permaneciendo en nuestra posición.
Que podamos entendernos
con cualquier clase de personas,
sin distinción.
Que logremos trabajar juntos por una sola meta.
Que realicemos el deseo de Jesús:
“Que sea n uno,
como nosotros somos uno”. (ver Jn 17,11)
MS 358

50. Vienes a nosotros para conducirnos al Padre

Jesús, Hijo de Dios, te hiciste hombre
porque Dios quiere que lo amemos.
No pensamos bastante en Dios,
nos volvemos hacia otras realidades;
entonces Dios viene al encuentro nuestro:
te da a nosotros.
Y Tú, su Hijo, te das a nosotros para atraernos.
En Ti, tenemos el modelo del verdadero amor:
eres Dios que ama a Dios.
Y como somos muy débiles,
vienes también en nuestra ayuda.
Tú, la Palabra de Dios hecha hombre,
nos atraes con fuerza, eres un perfecto modelo,
eres el camino seguro que nos une con Dios.
Nos entregamos a Dios, por amor a Ti,
a ejemplo tuyo, por Ti,
Hijo de Dios hecho hombre.
Nos dijiste:
“Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón,

con toda tu alma, con todo tu espíritu,
y con todas tus fuerzas” (Mc 12,30)
Quien no tiene necesidad de nada,
no pide nada, sino ser amado.
Dios no tiene necesidad de nada:
no pide nada, sino ser amado.
Tu Padre sólo exige de nosotros un amor puro,
ofreciéndole ese único presente, lo honramos.
Tu Padre es el verdadero Rey,
y su corazón inconmensurable
viene al encuentro de nuestro corazón:
en su misericordia, nos entrega mucho más
de lo que pedimos desde nuestra miseria.
Concédenos imitar su Corazón.
Tu Corazón se entrega plenamente al Padre:
como lo haces Tú, que la voluntad suya
sea todo nuestro vivir, nuestro deleite,
nuestro alimento, nuestro sostén, siempre
¡“Aquí estoy”! (Hebr 10,7)
“Sí, Padre mío, este es tu beneplácito”
(Lc 10, 21). MS 55-56

51. Corazón amante

Señor Jesús, habitaste entre nosotros
(ver Jn 1,14)
únicamente por amor viniste hacia nosotros,
tu corazón desborda amor.
Tú, la Palabra de Dios, te das un Corazón
rebotante de amor y vienes a nuestro mundo.
Tú, el Rey Salvador, te pones en la mano de
Dios y te conviertes en un ser humano,
desde entonces dices: ¡“Aquí estoy”!
¡Corazón de Jesús!
es la síntesis del cristianismo todo.
Crear en el amor que Dios nos tiene,
es la síntesis de nuestra fe.
“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene,
hemos creído en este amor.
Dios es amor, y el que permanece en el amor,
permanece en Dios y Dios permanece en él”
(1 Jn 4,16).
Hijo de Dios, te hiciste hombre
lo creemos.
Tú amas: y haces todo por amor.
Puesto que creemos, queremos imitarte.
Corazón de Jesús, amas a todos los hombres,
y quieres reunirlos en Ti.
Danos un corazón semejante al tuyo,
un corazón grande y abierto,
un corazón que no excluya a nadie de su amor.
Suscita en nosotros
los mismos sentimientos que están en Ti.
(ver Fil 2,5) MS 65-66

52. Las cualidades de Dios

Dios mío, eres espíritu, te adoramos en espíritu;
eres la verdad, te adoramos en verdad;
sólo Tú eres Dios,
no nos atamos a ninguna cosa, obra del hombre,
sino solamente a Ti.
Dios mío, eres eterno,
delante tuyo no somos nada,
y sin embargo nos llamas a alabarte siempre,
por los siglos de los siglos.
Dios mío, nunca cambias
y un sólido apoyo tenemos en Ti.
Queremos amarte con un amor incommovible,
danos siempre una verdadera piedad.
Dios mío, de nadie dependes
y nosotros dependemos de Ti.
Dios mío, estás presente en todo lugar
y podemos adorarte y suplicarte en todo lugar.
Dios mío, todo lo ves; eres todopoderoso,
infinitamente perfecto;
queremos agradarte siempre y en cualquier
lugar; queremos adorarte y esperar en Ti
sobretudo en la debilidad y en la angustia.
Dios mío, lo diriges todo;
nos abandonamos en tu benevolencia.
MS 82-83

53. Adorar en espíritu y en verdad

Oh Dios, te adoramos en espíritu y en verdad.
Oh Dios, eres Dios:
no podemos comprenderte,
eres nuestro gran Rey, eres bueno.
No podemos comprenderte:
te admiramos, nosotros somos una nada ante Ti.
Eres nuestro gran Rey
y estamos en el cuenco de tu mano.
Eres bueno: te amamos y corremos hacia Ti.
MS 109

54. El fin del hombre

Señor,
a nosotros, los hombres,
nos creaste para alabarte, bendecirte y servirte,
a Ti que eres el Señor, Dios nuestro;
y, por este camino, ser salvos.
Hombres, nos hiciste capaces de conocer,
de amar, de obrar.
Nos creaste:
nada tenemos por nosotros mismos,
nada somos por nosotros mismos.
Cuanto tenemos, cuanto somos,
lo hemos recibido.
Nada tenemos, nada somos
que no lo hayamos recibido.

Somos tu obra:
¡qué origen maravilloso!
Y Tú, Señor, nos aprecias entre todas tus obras,
¡cuánto nos amas!
¡cuánta atención nos brindas!
Para alabarte, bendecirte y servirte.
Señor Dios nuestro, queremos alabarte:
queremos reconocer públicamente,
por todos los medios posibles,
que eres Dios más allá de todo.
Te bendecimos,
a Ti que estás a nuestro lado.
Te servimos,
queremos depender de tu voluntad,
de tu beneplácito,
queremos obedecer tus mandamientos.
Por este camino somos salvos.
Ser salvado, es verte, amarte,
agradarte, satisfacer tu corazón.
Ser salvado, es estar unido a Nuestro Señor
Jesucristo con la Santísima Virgen María,
los Santos y los ángeles.
¡Qué felicidad!
Señor nuestro Dios,
mereces verdaderamente ser alabado,
bendecido y servido:
es infinitamente justo,
infinitamente conveniente.
Y, para nosotros los hombres,
alabarte, bendecirte y servirte,
a Ti Dios y Señor nuestro debe sernos natural.
Sí, ahí está nuestro único fin.
¡Qué alegría! ¡Qué felicidad!
Señor Jesús, queremos seguirte,
lo deseamos sin llegar tarde,
sin poner condiciones, sin vuelta atrás.
Alabar, bendecir y servir a nuestro Dios,
y nada más. MS 104-105
(oración compuesta a partir de un texto que
Miguel Garicoits proponía al comienzo de sus
retiros)

55. Nuestra voluntad unida a la tuya

Señor Dios nuestro,
caminamos hacia Ti,
unimos nuestra voluntad a la tuya,
concédenos obedecerte cada vez más,
para acercarnos cada vez más,
a Ti que eres el único Santo.
Nos pides amarte con todo nuestro corazón;
es el primero y el mayor de los mandamientos.
Dos amigos buscan no tener sino los mismos
deseos y una única voluntad:
que nuestra voluntad sea pues
conforme a la tuya,
queremos amarte. MS 112

56. Queremos unir nuestra voluntad a la tuya

Señor, te amamos.
Nos alegramos de todo lo que tienes,
de todo lo que eres;
nos regocijamos de todo lo que tienes,
de todo lo que eres;
deseamos que seas glorificado
por nosotros y nuestros hermanos;
es tu gloria la que buscamos.
Queremos únicamente tu beneplácito:
obedecer tus mandamientos,
seguir tus consejos, hacer todo lo que te place;
queremos unir tu voluntad a la tuya,
queremos seguir tu voluntad. MS 113

57. Perdón, Padre

Dios, Padre mío,
aunque un ángel viniese a anunciarme
que toda mi vida se ha desarrollado en el
pecado, yo no me descorazonaría,
aunque no me quedaran
sino unos minutos para vivir.
Vendría a arrojarme en tus brazos, Padre:
te gritaría: "¡Padre, Padre, perdóname!"
Estoy seguro que me acogerías
como el padre de un niño perdido y
encontrado.(ver Lc 15,11-32) MS 133

58. Hijo de Dios, vienes a nosotros

Señor Jesucristo,
vienes hacia nosotros
Tú que eres el Hijo del Dios Altísimo,
Dios nacido de Dios,
luz nacida de luz.
Del corazón de tu Padre,
¡vienes al seno de la Virgen Madre!
¡qué camino nos muestras!
¡Enséñanos a seguir tu camino! MS 145

59. ¡Dios-Hombre! ¡Hombre-Dios!

Señor Jesús,
te anonadas, te haces nada:
OH DIOS, TÚ TE HACES HOMBRE.
¡Pero para cual elevación!
¡Para que el hombre viva en Dios!
¡Señor, gracias por tanto amor! MS141

60. De nuestra debilidad tienes piedad

Señor Dios,
vivimos en un mundo material,
nos revelamos contra Ti,
nos volvemos esclavos de nuestros sentidos;
nos hacemos incapaces de sentir
y de gustar las cosas espirituales.

Todos nuestros pensamientos, nuestros juicios,
nuestros deseos, todos nuestros intereses
se vuelven hacia las cosas de la tierra,
hacia lo que podemos ver y tocar.
¡Esa es nuestra desgracia!
Y con todo tienes piedad de nuestra debilidad.
Tú, espíritu invisible a nuestros ojos,
a quien nadie puede aprehender,
¡te has manifestado en tu Hijo Jesucristo!:
has vivido en medio de nosotros,
un pobre, un niño, un justo maltratado.
Desde allí toca nuestro corazón
y nos arrastra hacia Ti.
¡Por tu amor infinito: gracias Señor!
MS 152-153

61. Salvarnos y salvar a nuestros hermanos

Señor, queremos ser salvos
y volvemos perfectos como tu Padre, (Mt 5,48)
queremos que sean salvos nuestros hermanos
y se vuelvan perfectos.
Ése es nuestro trabajo:
emplearnos totalmente en eso, para nosotros,
es vivir; emplearnos negligentemente en eso,
es venirnos a menos; no emplearnos en eso,
es morir.
Trabajar en evitar el infierno, en ganar el cielo,
en salvar a los hombres
por quienes tanto has sufrido:
¡qué bella misión!
Danos la fuerza de poner allí todos nuestros
cuidados; que no tengamos miedo de hacer
demasiado: ¡Jamás haremos bastante!
MS164-165

62. Agradarte

Señor, dilata nuestros corazones,
eleva nuestras miradas,
ayúdanos a levantar vuelo:
en nuestro obrar, queremos agradarte siempre
sin buscar nada más.
Queremos seguir el camino de los santos.
Jesús no buscó sino agradarte.
María se olvidó de sí,
y siempre ganó.
Perdiéndonos en Ti, ganaremos mucho más.
MS196

63. Nos consagramos totalmente a Ti

Dios Padre nuestro,
nuestro deber es amarte más que todo
y más que todos los hombres;
debemos ofrecerte los más grandes sacrificios,
darte las mejores cosas,
para testimoniarte nuestro amor.

¿Qué podemos ofrecerte
cuando todo te pertenece?
No podemos devolverte
lo que Tú mismo nos has dado;
porque, aún lo que nos has dado,
te pertenece.
Nos consagramos totalmente a Ti,
en cuerpo y alma, por amor;
¡no es sino justicia! MS 194

64. Dios de nuestro corazón

Padre nuestro, quieres ser el Dios de nuestro
corazón y no de nuestra inteligencia.
A tus ojos ,
las más bellas cualidades del espíritu
no cuentan, sino que amas únicamente
el corazón humilde y obediente.
Muchos se engañan
queriendo conocerte sin buscar amarte.
Las palabras no sirven de nada
si el corazón no es puro,
si la voluntad no es recta.
Padre nuestro, ayúdanos a conocer
nuestra miseria,
y muéstranos cuánto nos amas.
Enséñanos la humildad y el amor.
Haz de nosotros, no hombres de oración,
sino orantes incesantes:
sin cesar gritemos:
"Dios mío, ven en mi ayuda".
Ayúdanos a buscar la verdad
y vendremos a la luz (Jn 3,21)
Ayúdanos a buscar la verdad
practicando lo que enseñamos,
practicando lo que aprendemos,
en nuestra vida de cada día.
Purifica diariamente nuestros corazones,
que paso a paso subamos hasta Ti.
Feliz el hombre a quien ayudas:
ha puesto en su corazón los caminos
que lo conducirán hacia Ti.
DS 154-155 MS 191

65. María, llena de gracia

María, eres la llena de gracia.
Siempre evitas del pecado;
haces siempre el bien: eres muy hermosa,
vives siempre en la luz.
A todos los santos sobrepasas,
porque jamás pecaste, ni grave ni levemente;
jamás has conocido el pecado.
María, eres llena de gracia aún en tu cuerpo:
tu alma está siempre unida Dios,
y mucho más aún tu carne:
¡Concibes al Hijo de Dios,
en tu cuerpo se hace carne!

María, eres la llena de gracia,
y colmas de gracia a todos los hombres:
¡qué felicidad!
No buscas salvarte sola o con algunos hombres,
sino quieres que todos se salven:
¡qué felicidad!
Nos volvemos hacia Ti para sentirnos salvados.
¡Oh María, estás llena de luz,
ilumínanos! MS 207

66. Ley de amor

Señor, quieres hacernos conocer,
cuán bueno eres, cuán inmenso.
Reconocemos cuán pequeños somos,
sabemos que el mal nos fascina;
sin embargo sólo a Ti es
a quien queremos amar.
Deseamos amarte más que a nosotros mismos;
deseamos someternos a Ti,
y a cualquier otra persona por amor a Ti.
Renunciamos totalmente a nuestra voluntad
para hacer la tuya.
Todo esto, lo hacemos para alabanza
y gloria de tu nombre;
buscamos solamente agradarte;
mereces con razón que tus criaturas
te amen y te obedezcan.
Tu Espíritu deposite esta ley de amor
en nuestro corazón.
El Salvador nos recomienda
este renunciamento:
aquí está el yugo tan dulce,
la carga tan liviana, la perfecta obediencia,
así nos lo muestra por sus palabras y sus obras,
tu Hijo, Nuestro Señor. MS 230

67. Enséñanos a sacar provecho de tus beneficios

Señor, nos das tus beneficios;
nos dices a cada uno:
"En el momento favorable, te escucho,
en el día de la salvación, te socorro" (Is 49,8)
Ayúdanos a saber recibir tus beneficios
cuando nos los otorgas, sin esperar mañana,
sin dejarlos pasar de largo,
quizás mañana sea ya muy tarde.
Sin lugar a duda otorgas tus beneficios
a la Iglesia, a tu Familia,
y se los otorgarás hasta el fin de los tiempos.
Pero para cada uno de nosotros,
el tiempo es corto,
el momento favorable es limitado:
enséñanos a aprovecharlos
cuando los tenemos a mano,
enséñanos a acoger tu misericordia
cuando se presenta: en el curso del noviciado,
en este año, en la ocasión de esta fiesta. MS 235

68. Muéstranos el camino

Señor, nada puedo por mí mismo,
pero me muestras el camino.
Concédeme avanzar con corazón magnánimo
y voluntad decidida.
Contigo nada tengo que temer.
Señor, estás conmigo
como un guerrero poderoso (Jr 20 11)
Dame una voluntad recia
y el coraje de seguirte siempre. MS 241

69. Danos virtudes consistentes

Señor, enséñame la obediencia, que vea a
Jesucristo en quien me has dado por superior.
Enséñame a amar, que vea a Jesús
en quien padece necesidad (Mt 25,40).
Enséñame la paciencia,
y que Jesús sea mi modelo.
Enséñame la humildad,
porque es la honra de todo cristiano
luego que tu Hijo se anonadó
y se hizo un hijo de hombre.
Enséñame el desprendimiento:
por Jesús tu Hijo por quien me hiciste para Ti,
me adoptaste, me has vuelto capaz de servirte,
de servirte sólo a Ti, mi Dios.
Que construya en la roca,
sobre el Espíritu de Jesús el Cristo. MS 248-349

70. Contigo un solo corazón

Señor, nos valoras mucho,
nos elevas y nos engrandeces:
nos das todo lo necesario para vivir
permaneciendo fieles a Ti,
nos haces conocer aquello a lo que nos llamas,
a participar en tu gloria y tu bondad;
por tu gloria y tu poder,
nos prometes cosas muy grandes y preciosas:
al recibir lo que nos prometes,
podemos escapar de este mundo
desquiciado por los malos deseos,
podremos tener un solo corazón contigo,
Dios Señor nuestro (2P1,3-4).
El beneficio mayor de todos los beneficios,
el don más allá de todos los dones:
ser en verdad tus hijos.
No permitas que volvamos
a nuestra antigua baja,za,
haz que nos dejemos renovar,
que aceptemos ser tus hijos:
anhelamos imitarte, Padre nuestro del cielo,
anhelamos amar lo que amas,
con tus mismos sentimientos,
buscamos llevar una vida digna de Ti.

71. Construir contigo, Señor

‘Si no es el Señor quien construye la casa,
en vano trabajan los albañiles’ (S 126,1)
Oh Dios, te invocamos con confianza:
si no vienes en nuestra ayuda
trabajamos inútilmente.
Queremos, Señor, construir tu casa,
en nosotros y en nuestros hermanos.
Auméntanos la fe, la esperanza y la caridad:
la fe nos sirva de fundamento,
la esperanza edifique los muros,
la caridad finalice la casa.
Ayúdanos a construir de este modo,
y seremos admitidos en el cielo, en tu casa.
Obra pues en nosotros: de Ti viene todo bien,
y sin Ti nada bueno podemos hacer.
¡Ven Señor en nuestra ayuda!
MS 621-262

72. Tu amor dilate nuestros corazones

Señor Dios nuestro,
que tu ley penetre en cada uno de nosotros:
no por temor,
porque así
no penetraría en lo profundo del corazón;
sino por amor,
ya que sólo así entraría
en lo más profundo de nosotros.
Dilate pues el amor nuestros corazones;
que hondamente los entreabra
para que recibamos tus beneficios
como rocío fecundante.
Tu ley no sea jamás escrita
sobre durísima piedra,
sino que penetre en un cirio derretido
por el calor que viene de Ti.
Transfórmanos con tu amor divino,
y en nosotros vivirá Jesús:
estará presente en nuestra memoria,
porque no se puede olvidar a quien se quiere;
estará presente en nuestra inteligencia,
porque es el amor el que hace contemplar
las perfecciones del muy amado que atrae;
estará presente también en nuestro cuerpo
cuando obremos el bien,
porque es el amor de Jesús
el que nos permitirá amar
y permanecer en el amor.
MS 263-264